LA ESTUDIANTE NIÑA

José Gómez Muñoz

Dedicado a Lolita Zamora Díaz, Estudiante Niña en Almería, Andalucía, España.



“Todo lo que amas, se perderá algún día pero al final, el amor permanecerá de otra manera”.

En mi sueño te he visto estudiante niña. Te he visto salir de tu casa en la pequeña plaza casi centro de la ciudad, vestida con tu uniforme de colegiala y abrazando un puñado de libros. Es por la mañana, primeras horas del día. Caminas lenta por la estrecha calle, sola, metida en ti, saludando a algunas compañeras del colegio y como meditando algo. La vida ahora te premia con una niñez muy fresca. Aún no tienes once años. Pero en tu cara, hay una belleza especial que se complementa con la elegancia de tu uniforme, tus libros muy apretados sobre tu pecho y tu menudo cuerpo. Cae tu pelo sobre los hombros y tus menudos ojos brillan con la luz del nuevo día. Tú eres muy hermosa, especialmente bella en tu rostro, cuerpo, sonrisa, mirada, forma de hablar y gestos limpios. Eres mucho más bella que otras niñas de tu colegio y al mismo tiempo,

inocente y limpia como la niña más especial. Tú eres una niña muy especial y ni lo sabes.

La corta calle que baja desde tu casa, enseguida desemboca en otra también corta calle mucho más ancha. Giras para tu izquierda y en unos metros, estás frente a la vieja casa de la cancela de hierro. Te paras en el centro de la calle, miras para tu izquierda, por donde se encuentra la cancela de hierro de la vieja casa. Por unos minutos, se te ve como preparándote para acercarte. No lo haces. Sigues avanzando y unos metros más adelante giras para la izquierda y bajas buscando tu colegio. En mi sueño no veo a tu colegio. Sí veo el mar que se derrama en sábanas de olas azules bordadas con cenefas de blancas espumas por las doradas arenas de la playa. Tu colegio no está lejos del mar. Y tu ciudad es blanca y

pequeña. Tu ciudad, en aquellos días, apenas sabía de ti ni tú sabías del mar ni de las olas que se derramaban en las playas de arena dorada.

Recuerdo que un día preguntaste, asomando tu redonda y sonrosada cara de niña de once años por el hueco de la ventanilla de cristal:

- ¿Y qué es el cielo y cómo es Dios?

Te respondieron:

- Yo no sé lo que es el cielo ni cómo es Dios. Intuyo ambas cosas y mi alma y corazón, necesitan de esta inexplicable e invisible realidad. De igual modo todas las personas tienen necesidad de creer en Dios y en un cielo. Todos, absolutamente todos, estamos en este mundo solo por un tiempo. Poco a poco envejecemos y al final, todos un día nos vamos de aquí.

A tu edad y en aquel momento, quizá no eras capaz de comprender la reflexión que te hicieron. Las cosas son así pero la vida y el tiempo, a su ritmo, avanzan cada día hacia un final.

Te veo avanzando por la calle y, unos metros más adelante, giras para la izquierda. Bajas dirección al mar en busca de tu colegio. Ya no te veo ni veo a tu colegio ni sé lo que haces o dices. Te intuyo ahora caminando lenta por las irregulares calles de esta ciudad tuya, metida en tu mundo de niña inocente, derramando belleza mientras hablas con tus compañeras de colegio. Te intuyo sentada en las clases, jugando con los demás alumnos en el recreo, corriendo de acá para allá mientras ríes y sigues, llenando el aire y el espacio con tu singular belleza de niña. Tu belleza se derrama a chorros por todo lo que pisas,

tocas, miras, recorres y haces. Tu eres una niña bella, bella. Y eso se ve y palpa con solo mirarte.



Sí pasadas unas horas, terminan las clases en tu colegio. Te intuyo Recogiendo tus libros, cuadernos, apuntes. Acompañada de unas amigas, subes lenta por las calles que unas horas antes, recorrías hacia tu colegio. En unos minutos, llegas a la calle ancha no lejos de tu casa y caminando dirección al sol de la mañana. No tardas en estar frente a la vieja puerta de hierro. Tus amigas se despiden de ti y tú, después de dudar unos segundos, Te acercas a la cancela de hierro. Superas el umbral y te asomas a la ventanilla de cristal.

como si todo el rato hubieran estado esperándote, te saludan y sonríen. Se alegran de verte Y en tu rostro se ve también la satisfacción del saludo y el encuentro. Solo comentas cuatro cosas casi intrascendente de tu colegio y tus compañeras. A tu edad y por estos días, tú siempre eras así: Una niña muy inocente Casi como todas las niñas del mundo pero algo diferente. Después de unos minutos hablando de tus cosas y, como si no tuvieras prisa, te despides y sigues tu caminar por la calle dirección a tu casa. No te has dado cuenta, no lo has advertido, a tu edad no puedes saberlo pero por el rincón de la puerta de hierro y el escalón de mármol, has dejado algo hermoso, muy hermoso y trascendente.

En mi sueño te veo al día siguiente repitiendo las mismas

cosas, recorriendo las mismas calles y regalando tu sonrisa y tierna belleza al asomarte por la ventanilla de cristal. Te veo así durante mucho tiempo, días, semanas, meses y años. El tiempo corre y los años, aunque parecen transcurrir lentos, pasan y te sumergen en un mundo por donde dejo de verte. Durante muchos, muchos años, en mi sueño solo te adivino y nada, absolutamente nada sé de ti. A veces pienso que has crecido, que te has hecho persona adulta, que te has casado, que has tenido tus hijos como tantas mujeres en este mundo, que en tu vida ha habido momentos felices y otros no tanto y hasta dolores y enfermedades. Con el correr del tiempo, todos los humanos envejecemos, perdemos fuerzas y poco a poco nos apagamos. Siempre ha sido así desde que los humanos habitamos en este planeta y creo que siempre

será así hasta el final de los tiempos. Pero en mi sueño, mientras el tiempo va pasando sin apenas percibirlo, sigues viva y presente en algún lugar invisible, espiritual. Y hermoso, muy hermoso.

Todo ha ido sucediendo de esta manera según el tiempo ha ido avanzando hasta que un día de primavera, cuando las rosas amarillas de pitiminí se abrían al sol de la mañana y arrullaban las palomas por entre las ramas de los árboles, de nuevo te veo en mi sueño. Ya eres muy mayor, tu cara ha cambiado por completo y también tu cuerpo. El tiempo transcurrido, te ha modelado a su manera, como lo hace con todas, todas las personas que habitamos en este suelo. Te veo en una silla de ruedas, sin fuerzas ni para caminar y apenas para hablar y con dolores, muchos Dolores en todo tu

cuerpo. Desde la distancia y en la dimensión del espíritu me acerco a ti y te pregunto:

- ¿Te acuerdas de mí?

Y muy tranquilamente y como si el tiempo no hubiera pasado, me dices:

- Claro que me acuerdo. Con la misma claridad como si todo hubiera sido ayer mismo.

- Pero el tiempo ha pasado y en mi vida han ocurrido muchas, muchas cosa. Crecí, me casé, tuve hijos, fui feliz hasta que un día el cáncer se instaló en mi cabeza. Los dolores se apoderaron de todo mi cuerpo y poco a poco, los días me fueron colocando en esta silla de ruedas.

- ¿Y cómo lo soporta?

- Lo soporto y aunque quiero creer en Dios y en el cielo, no sé cómo hacerlo. ¿Tú crees en Dios y en el cielo?

En mi sueño, cierro los ojos y ahora te veo niña de once años,



con tu uniforme de colegiala y

saliendo por la gran puerta de hierro en la calle ancha. Llevas tus libros abrazados contra tu pecho y sonríes dulcemente. Sé que te marchas de este suelo para siempre y sé que vas a encontrarte con Dios en un paraíso único. No me preocupo ni me apeno. Sé que, como todos los humanos, has cumplido tu ciclo, tu misión, tus días en este suelo y te vas. Te vas hermosa como el primer día que te conocí, con la misma cara inocente y fresca y con la misma sencillez en tu corazón. Subes como por el viento y te vas al infinito azul y hondo del Universo.

Te digo: “Te vas al encuentro del mejor abrazo que hayas recibido nunca: EL ABRAZO DE DIOS. Él te ha llamado por fin y te lleva a su corazón, al hermosísimo paraíso inexistente en la Tierra e imposible de imaginar ni describir por la mente humana. Yo sí creo en Dios y creo en el hermoso paraíso que a cada uno nos va a regalar. De suyo, esta forma en mí de creer en Dios, esta sincera fe mía, es la realidad más potente que me ha dado fuerza para atravesar esta vida. Sé que no habría podido soportar los días, situaciones y momentos que me fueron llegando si no hubiera creído en la existencia de Dios.

Y fíjate ves, todo en este suelo es por un corto espacio de tiempo. Cuando comenzamos algo, a veces pensamos que puede durar mucho tiempo, incluso para

siempre. Sin embargo la realidad es que el tiempo siempre pasa de una forma silenciosa pero rotunda. Dios, se ha acercado a ti y ya te lleva con Él. Mientras con tu figura de niña dulce, hermosa e inocente, te alejas de tu ciudad, de los tuyos y de este suelo, te sigo mirando. Eres bella, muy bella y ahora mismo me alegro mucho de todo el tiempo que has estado anidada en mi corazón. En la distancia, sin verte ni un solo día a lo largo de los años y sin saber de ti. Y nunca, ni en un solo momento, me olvidé de ti. Me alegro ahora que esto haya sido así. Por eso puedo decir que en mi corazón sigues tan hermosa y dulce como en aquellos días de tu momentos de colegiala. Nunca toqué tu cuerpo, siempre te traté con la más limpia delicadeza y en mi alma solo hubo latidos sinceros de respeto y cariño para ti. Vete ahora, sube al cielo al encuentro del Dios que te dio la vida y te ama.

Él te llama y te lleva a su regazo para darte el paraíso. He rezado siempre por ti y rezo ahora para que tengas el mejor regalo en este paraíso eterno”.

Por entre el viento y unas nubes blancas te pierdo y dejo de verte. Oigo el canto de ruiseñores y el arrullo de tórtolas. Es primavera y por eso el aire huele a rosas de pitiminí, a jazmines y azahar.